

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC

LA EXTRAÑA VERGÜENZA

POR LUIS DEL VAL

Casi todo el mundo está convencido de que escribir es una habilidad sencilla y natural, pero no lo es tanto, porque nuestros antepasados se pasaron centenares e miles de años sin saber hacer la «o» con un canuto y, sobre todo, sin saber qué era la «o». Pasamos del gruñido a descubrir el fuego, pero transcurrían los milenios de diez en diez, y de cien en cien, y nuestros abuelos no sabían escribir»

S IENDO un mocoso de once o doce años, tuve la inmensa suerte de recibir clases de Lengua y Literatura, en el Instituto Goya, en Zaragoza, de José Manuel Blecuá. No José Manuel Blecuá Perdicés, actual y excelente director de la Real Academia Española, sino de su padre, José Manuel Blecuá Tejero, que vino de una residencia en Estados Unidos y, con entusiasmo y pasión, con bondadosa curiosidad, descendía a nuestras mentes infantiles y nos ayudaba a comprender el humor de Quevedo o las retóricas de Góngora.

Creo que aquella persona pulcra, de camisas blancas impecables, que ya arrastraba los inconvenientes de la sordera, fue el principal culpable de que luego me dedicara al extravagante oficio de escritor.

Recuerdo aquellos días lejanos, orque observo que no decae, sino que se intensifica una extraña vergüenza al empleo rico y variado de nuestra lengua, como si hablar con propiedad, es decir, expresar de manera adecuada lo que piensas, fuera un signo de pijaería. No se consideraba pijo lucir un automóvil con los últimos adelantos, o adquirir el último y caro cachivache informático, pero hablar con corrección, no digamos redactar con limpieza y sencillez, parece como si fuera un signo de conservadurismo atroz.

Casi todo el mundo está convencido de que escribir es una habilidad sencilla y natural, pero no es tanto, porque nuestros antepasados se pasaron centenares de miles de años sin saber hacer la «o» con un canuto y, sobre todo, sin saber qué era la «o». Pasamos del gruñido a descubrir el fuego, de pronunciar palabras a alear metales y cocer el barro, pero transcurrían los milenios de diez en diez, y de cien en cien, y nuestros abuelos no sabían escribir. Fue hace poco, hace seis mil años, cuando se descubrió la escritura, pero eso no quiere decir que se generalizara su uso, porque durante bastantes milenios la mayor parte de la población era analfabeta. Incluso tras la aparición de la imprenta, en el siglo XV, solo leían un escaso número de personas pertenecientes a la nobleza o al clero; pero es que a principios del siglo pasado, en España, solo sabían leer y escribir la mitad de los mayores de 10 años, y en 1930 eran todavía un tercio. Al inicio de la Guerra Civil, en numerosos pue-

blos de España la mitad de los habitantes eran analfabetos. Es decir, que esto de la escritura es una larga conquista y, cuando parece que ya habíamos logrado vencer la lacra del analfabetismo, gran parte de los alfabetizados se ha puesto a ver la televisión y ha dejado de leer. No solo eso, sino

ción juvenil es estar fuera de onda. Las series de televisión españolas están repletas de este tipo de diálogos, y ya no sé muy bien si es que los guionistas copiaron el hablar de la calle o es que los chicos imitan el lenguaje de la televisión.

No hace mucho, en un instituto de enseñanza media, pronuncié una charla sobre una de mis novelas. Previamente, los alumnos la habían leído y comentado entre ellos. En la charla introductoria, e intentando captar su atención, usé el método del diálogo. Me dirijo, pues, a una alumna, sentada en la segunda fila, rubia, bella y con ese aspecto etéreo que suele acompañar a las muchachas de quince años. Me miró con asco, no se dignó levantarse, y exclamó con voz clara y sonora: «¡Joder, me tenía que tocar a mí!». En el salón no estaban solo sus compañeros, sino parte del claustro, incluida la directora del centro.

Me imaginaba una situación semejante, en el Instituto Goya, de Zaragoza, estando presente José Manuel Blecuá, sus compañeros de cátedra y el director, y no cabía en mi imaginación, a pesar de que la ejerzo bastante.

E l verano pasado, a instancias de un amigo, le recomendé a su hijo, recién licenciado en Ciencias de la Información, que redactara una carta al director de un medio para solicitar prácticas en esa empresa, y le rogué que me la diera a leer antes de enviarla. Cuando leí la misiva, me pareció tan aséptica, tan fría, tan mal redactada, que le aconsejé que intentara llamar la atención de quien la iba a leer en términos más vigorosos.

Y es que, seas de ciencias o de letras, operario cualificado o sin cualificar, llega un momento en que necesitas las palabras para que te contraten, para que te aprueben un proyecto, para que te voten, para que esa chica o ese chico, con el que quieres emprender en su compañía la aventura de la vida, te acepte, te comprenda y sea convencido. A no ser que, ante la pregunta del seleccionador de personal sobre los motivos que te llevan a solicitar la plaza, contestes que es que esa empresa «mola mazo», o que esa mujer o ese hombre te «molan mogollón».

Nos decía José Manuel Blecuá, con sabia prudencia: «Al acabar el bachillerato, si ustedes han aprendido a redactar una carta y a lavarse los dientes después de comer, habremos hecho una buena labor». Creo que la hicieron en aquellas promociones, y también que tenemos una responsabilidad con esta deriva empobrecedora, este insólito desprecio al lenguaje, cuando nos ha costado tanto llegar hasta aquí, cientos de miles de años para comenzar una rara y extravagante vuelta hacia atrás.

LUIS DEL VAL ES ESCRITOR



que desprecia el rico vocabulario de su idioma y tiende a expresarse con unas 1.500 palabras, en un país en el que hace tan solo tres siglos Miguel de Cervantes escribió una novela, que se lee en todo el mundo, empleando cerca de 23.000 vocablos diferentes.

En la patria de Cervantes hay circunstancias que no satisfacen, alegran, estimulan, excitan, confortan, incentivan, agradan, deleitan o entusiasman, sino que «molan mazo». «Mogollón» es un término que puede referirse a cinco personas dentro de un automóvil –«¡bamos en el coche mogollón»– o a 50.000 seres reunidos en un estadio: «Al concierto fueron mogollón». Confieso que un término que lo mismo puede referirse a un conjunto de cinco personas que a una multitud de cincuenta mil me produce una enorme desconfianza.

A este insólito desprecio por la riqueza idiomática se une el empleo constante, sistemático e insoslayable de términos malsonantes para subrayar ánimos y circunstancias. No hacer referencias a los órganos sexuales o al coito en una conversa-